

Guillermo Feliú Cruz

## Un ensayo sobre Vicente Reyes, costumbrista

SUMARIO.— I. Posición de Vicente Reyes en las letras nacionales.— Sus antecedentes sociales y rasgos ancestrales de carácter.— El político.— Juventud.— Conexiones con el pasado.— Retrato de Reyes.— En el Instituto Nacional.— Ambiente ideológico.— II. Los espíritus en 1858: la política y las letras.— El ideal en la lucha.— Lo que Reyes debía a Montt.— Lecturas literarias.— En EL FERROCARRIL.— El programa del diario.— Juan Pablo Urzúa.— III. Reyes redactor de EL FERROCARRIL.— Juan Pablo Urzúa juzgado por Reyes.— La carrera literaria de Reyes. Discreción y egoísmo.— El editorialista.— IV. La cuestión política.— La división del peluconismo.— V. El costumbrismo: Jotabeche.— El nacionalismo literario — Las generaciones posteriores a Jotabeche.— Los costumbristas en 1856.— VI. LAS REVISTAS SEMANALES.— LA SEMANA.— Juicio de Lastarria.— Los colaboradores de LA SEMANA.— Labor de Reyes.— Juicio de Artcaga Alemparte sobre sus escritos.— Un juicio repetido inconscientemente.— Valor de las REVISTAS SEMANALES.— El Santiago que no vió Reyes.— VII. Crítica de sus escritos.— Lo que queda de su obra.

### I



ON Vicente Reyes—(1835-1918)—en la alta y señorial política chilena y simplemente Vicente Reyes en las letras nacionales, ocupa, según se ha repetido por sus críticos, un lugar entre los costumbristas del pasado siglo. Exactamente, en la segunda mitad de aquel siglo. Las historias y las bibliografías literarias, han conservado su nombre junto a otros escritores del mismo género

de menor importancia todavía. Aunque Vicente Reyes no tenga un sitio propio y destacado en la crónica oficial literaria, su nombre merece un comentario y unas apostillas su labor en el género costumbrista, al cual se le ha asignado.

Dejemos al político, que cubrió enteramente su vida literaria, olvidemos al patriarca del liberalismo, como se le llamara en su tiempo, y situemos a Reyes en el breve momento en que aparece en la brega literaria. Situémoslo en el ambiente en que se mueve su vida social. Es descendiente de una gran familia colonial, de alto y bien respingado coturno. Don Judas Tadeo Reyes y Borda, llamábase así el abuelo paterno, había sido un acucioso empleado administrativo de la Capitanía General de Chile. Fué consejero de más de algún Presidente, leal servidor de todos ellos, funcionario tan competente como aferrado a la tradición burocrática. Cuando advino la crisis de 1810, se hizo fanático realista, intolerante enemigo de los criollos patriotas y franco enemigo también del nuevo orden de cosas instaurado por la revolución. Como autodidacta, había conseguido formarse una cultura. Sabía el latín profundamente, dominaba el castellano con admirable propiedad y corrección; entendía en filosofía, lógica y teología. Era un temperamento frío y sin grandeza de alma. Doña Ignacia de Saravia, la esposa de don Judas, y la abuela del futuro escritor y periodista, entroncaba con lo más aristocrático del medio colonial. Era, por ese lado, la distinción social más caracterizada.

De aquel modelo de empleado colonial, de ese funcionario tan singularizado en la administración de la Capitanía General, el joven Reyes heredó algunas de sus características espirituales. Conociendo los rasgos psicológicos de esas dos existencias, parecen encontrarse algunos comunes. Anotemos. Uno: la parsimonia cautelosa. Otro: la aspiración a la comodidad, a la tranquila existencia. Y el rasgo que envuelve a aquellos dos, tan sutilmente desenvuelto, el egoísmo, condicionado a la discreción, su arma más poderosa en la lucha diaria. Será discreto como po-

cos. Por el lado de su madre, doña Mercedes Palazuelos, en esa sangre hervían pasiones de consideración. Portales la había sentido hasta producirle un torbellino íntimo. En el joven Reyes acentuó el prognatismo. En casi toda la estirpe, un misticismo llevado hasta la calentura. La voluntad resuelta y la fijeza en las ideas, son otras de las características de esa sangre, robusta y llena de una poderosa fortaleza.

Don Vicente Reyes como político—no alcanza a destacarse con los perfiles de águila del estadista—fué varón parsimonioso, cómodo, egoísta y discreto, jovial y burlón. La buena ventura le llegará sola, sin inquietudes. A él le dan y él dará bien poco. Tuvo suerte para recibir y mayormente para congraciarse con esa hábil disposición de su espíritu que fuera la discreción, y que le tejía amigos en todas partes y nunca, enemigos resueltos ni encubiertos. No levantaba protestas. Se le llamó patriarca del liberalismo, porque fué marcadamente anticlerical en la juventud. De aquí, juventudes ansiosas de ídolos, desprendieron el mito de su liberalismo doctrinario, confundiendo lo uno con lo otro lastimosamente. Esa su actitud correspondía a su tiempo. Debía lucharse con una Iglesia batalladora, engreída, intrusa, dominadora de conciencias, aristocrática y satisfecha de su poder material y moral. Se estaba bien frente a ese poder fuerte y poderoso. Los años concluyeron destiñendo esa simpática posición. Sólo quedó apenas una cosa perceptible. Por esos años aquellas actitudes le dieron gloria política en la vida ciudadana. Los cargos públicos que desempeñó, funcionario administrativo, diputado ungido por el Presidente Manuel Montt, segundo Presidente del Club de la Reforma, Ministro de Estado durante el Gobierno de Pinto, Consejero de Estado, Presidente del Senado, candidato a la Primera Magistratura, especie de Senador vitalicio elegido sin lucha, Reyes vió rodearse su nombre de una aureola de veneración, de respeto y de consideración. Para la opinión pública era un ciudadano ejemplar. Había

entrado en el templo de los patricios y de los repúblicos y tomado allí un cómodo sillón.

En esa figura cabía la más noble dignidad. Pero el patriarca y el patricio han sido exagerados. Los ha inflado la leyenda, la tradición. Se ha hablado de su liberalismo catoniano. ¿De cuál liberalismo catoniano? De ese que lo llevaba elegantemente a estar en la barricada anti-clerical? ¿O es ese mismo liberalismo suyo que preconizaba no pactar alianzas con el partido conservador? ¿Es esa la doctrina, toda la doctrina? Había algo más en ella: un individualismo social tenaz e irreductible. Lo mismo en lo económico. Su anti-clericalismo era sincero. Frente a Mac-Iver y a Letelier ¿en qué posición queda? ¿Cómo podría definirse su liberalismo frente al de Miguel Luis Amunátegui? No era más que un volteriano.

Fué pobre. La mala fortuna lo había de perseguir desde los días del abuelo, aquel Judas Tadco, tan puntual y circunspecto funcionario colonial, tan devoto de Dios y del Rey. A su padre no había tampoco de sonreírle la riqueza. Por lo Palazuelos, la fortuna rodó en demandas místicas ante los altares, en obras pías, en forzadas empresas. Reyes cosechó tarde, con el esfuerzo de su trabajo honorable en el ejercicio de su profesión de abogado, con verdadero sacrificio, una situación, un buen pasar. Lo administrará con cautela, suma prudencia, buen sentido, conforme a los preceptos de la era colonial entre las familias de vieja tradición. Muy cerca de esa era y de esa tradición se encontraba Reyes. No necesitó empinarse demasiado para ver el último estertor de una época. El era de 1835; sus padres sus abuelos, conectaban con un pasado que se iba. Lo alcanzó a arrullar y modeló su alma noble, caballerosa, de una sola pieza; dió formas a sus sentimientos consecuentes e inspirados en ambiciones sencillas y legítimas. La respetabilidad de su persona impúsose sola; el concepto de la responsabilidad le abrió el camino de los honores. Triunfó desde joven en todos los salones sociales, y llevó una vida mundana agitada.

Armando Donoso lo describe así: —«De estatura regular, bien espigado, ojos inteligentes, vivísimos, frente amplia, rostro sereno, era don Vicente Reyes a los veinticinco años un buen mozo. En el trato diario, en las tertulias, se le tenía por un charlador insuperable, de palabra fácil y vivísimo ingenio. Yo he oído referir a un viejo amigo que en los salones aristocráticos don Vicente Reyes triunfó siempre: su trato afable, su decidora alegría, su humor gentilísimo, preocuparon a más de un corazón de dieciocho primaveras».

Fué institutano. En 1846, pisaba los claustros del primer colegio nacional. Ya en esa juventud despertaba el ensueño de un liberalismo romántico que enfilaba, en el fondo mismo de su doctrina, contra la Iglesia y el clero. Era la sombra de Bilbao emanada de las páginas de la «Sociabilidad Chilena». Su influjo envuelve esos sencillos corazones. Pero Reyes va a quedar indemne del microbio ateo: —«porque era un niño beato, que había sido educado piadosamente. Sólo mucho más tarde cambié de ideas», ha dicho él mismo. El fondo ortodoxo de sus ideas se modificó sustancialmente después. Hay en este liberal anti-clerical, un escéptico, un burlón, un volteriano. El egoísmo de Reyes, su discreta ponderación de criterio, no le permitieron, en los peores embates de la lucha por la vida, hacer cuestión de sus creencias religiosas. Y la comodidad de su espíritu, tan armoniosamente equilibrado, no le dió ocasión para ello. Nunca se le supo un descreído como Barros Arana o Miguel Luis Amunátegui. Ni siquiera fué un temperamento combativo contra el clero, como su pariente Juan Agustín Palazuelos. Y sin embargo, era un ateo en toda la extensión del concepto por formación propia intelectual, por reflexión natural de su espíritu. En sus últimos años su heterodoxia era firme, completa, sin una trasgresión. Había manifestado a su hijo mayor don Ricardo Reyes Solar en varias ocasiones, en conversaciones íntimas, que en sus últimos momentos no permitiera la entrada a su cuarto de moribundo de «hombres con sotana». No quería que se dijese que por debilidad,

ni por encontrarse en un estado de inconsciencia, había abjurado de sus creencias ni menos que las influencias, en el último trance, le habían hecho cambiar su ideario. Su nieto Gonzalo Reyes Letelier recuerda haber oído a don Vicente reiterar a su hijo Ricardo sus instrucciones para el último momento. Gonzalo Reyes oyó esa conversación cuando tenía 14 años y la grabó en su memoria de manera imborrable. Pero, desde otro punto de vista, su convivencia social con las «personas de sotana» fué envidiable. Gustaba conversar con clérigos, sacerdotes y monjas, chancearse con ellos, decirles frases socarronas. Era un hombre tolerante. A su esposa, la señora doña Luisa Solar Valdés, le consintió tener una capilla en su hogar, que fué un gran hogar, con todas las virtudes antiguas de los grandes y señoriales hogares chilenos.

Reyes contrajo la enfermedad que lo llevó a la muerte en la noche del 29 de junio de 1918. Era el día onomástico de San Pedro y San Pablo. Había concurrido a una reunión social en la casa de la viuda del ex-Presidente Pedro Montt, doña Sara del Campo. Se recogió tarde, y fué esa una noche fría, descompuesta, como son de ordinario las del invierno santiaguino. Cogió una bronco-neumonía que presentó caracteres serios en un anciano de ochenta y tres años. El político se dió cuenta de su gravedad, y a sus tres hijos volvió a expresarles que no quería ser atendido con los auxilios religiosos. A su hijo Ricardo le insistió en este asunto como un encargo especial que debía cumplir sin dilación alguna. Pero la familia conservaba la esperanza de prestarle los auxilios de la religión. En la mañana del día 6 de julio, Reyes se agravó en forma alarmante. El cura-párroco del Salvador, el sacerdote señor Bravo, llegó hasta la casa del paciente situada en la calle Huérfanos esquina de Riquelme. Su hijo Ricardo, en violento desacuerdo con la familia del señor Reyes, hizo cumplir su voluntad. Al medio día exacto, don Vicente había rendido el ánima.

En 1858, a los veintitrés años, era abogado. Los cenáculos

literarios, durante la vida estudiantil, no le fueron extraños. La política y las letras se entremezclaban en ellos. La vida literaria se hacía bajo una atmósfera caldeada de rencores y pasiones políticas. Agonizaba el decenio de Montt. La revuelta asomaba al querer respirar los espíritus el aire fresco de una libertad imposible. A las letras y a la política entregaban sus páginas vibrantes las inteligencias superiores de la juventud.

## II

Los Arteaga Alemparte, Isidoro Errázuriz, Vicuña Mackenna, Lastarria, los Amunátegui, Barros Arana, Santa María, Cifuentes, Federico Errázuriz, los hermanos Matta, los Gallo y tantos más salidos de las filas de avanzada se estremecían ante la diosa de la libertad. ¿Cuál era el ideal en lucha? Se resumía en un programa bien sencillo, pero que habría de costar no pocos dolores. El programa se enunciaba así: reforma de la constitución de 1833, disminución de las atribuciones presidenciales, libertad electoral y de culto, reglamentación de las facultades extraordinarias, ampliación de la base democrática del gobierno y modificación, en general, de la composición de los poderes del Estado. El programa era vasto, sin duda. Y el anti-clericalismo obraba haciendo eco a la reforma. Allí se encontraba Reyes, en ese ángulo amplio que encubría muchos matices de su alma. En el afebrado campo político de esos días, Reyes se cargaba al montt-varismo. Le era simpático ese grupo que casi había desnudado a los ultramontanos y colocádolos en jaque en sus añejas preocupaciones. Le debía Reyes a Montt otro favor: —«Antes de salir don Manuel Montt del Gobierno—recuerda el escritor—quiso dejar a algunos jóvenes de las Cámaras: a Justo Arteaga, Zenteno, Manuel Salustio Fernández, otros cuyos nombres se me escapan y a mí, nos hizo diputados. Digo nos hizo —esclarece Reyes—porque en realidad no fuimos elegidos sino que ungidos por la autoridad gubernativa que era lo que regía en

aquellos tiempos en materias de elecciones. Yo fuí diputado suplente por Ovalle». Y bien, el político encontró ahora el camino del escritor. Las aficiones literarias afloradas en el viejo caserón del Instituto al impulso de maestros doctos y sabientes, se harán realidad cuando el político tenga que justificar la obra del gobierno en escritos de defensa. Ahora comprenderá el valor de las lecturas institutanas. ¿Qué habían leído esos jóvenes? Lo dirá el mismo Reyes: —«Leíamos todo lo que caía en nuestras manos, pero generalmente novelas: los libros de Alejandro Dumas; el *Judío Errante* y *Los Misterios de París* de Eugenio Sue; los folletines de Feval y tantos otros que se me han olvidado ya. Yo me acuerdo que me eché al cuerpo sin llegar a entenderla, por supuesto, una *Historia de Diez Años* de Luis Blanc». Era esa la literatura corriente. Pero en la pendiente del camino anchuroso y riente del folletín, el *Piquillo Aliaga* y *El Caballero D'Harmental* y *Los judíos de Granada*, no dejaron de ocupar un sitio principal. Después mejorarían esas lecturas, y el padre Isla, Larra, el abate Miñano, Mesonero Romanos, Estebanez Calderón, serán el alimento del futuro costumbrista.

### III

Al temperamento discreto, parsimonioso, frío y egoísta de Reyes, la lucha política, llevada al diario en campañas resonantes, no cuadraba. Sólo la necesidad se la imponía como un deber de gratitud para con Montt y con Varas y los hombres de su partido. La buena suerte quiso que encontrara un ambiente propicio para su temperamento en el diario *El Ferrocarril*, tribuna de alta cultura cívica donde la discusión alcanzaba una serena elegancia aun en los momentos de mayor agriamiento partidista. Ese diario lo había fundado en 1855 un hombre verdaderamente extraordinario. Juan Pablo Urzúa, el creador del diario de tipo de corte moderno en el pasado siglo, al echar las bases de esa empresa era entonces muy joven. Contaba unos treinta años,

pues había nacido en Talca en 1825, y era un periodista fogueado en todas las lides del oficio, así en las literarias como en las partidistas a que siempre conduce el diarismo político. Pero Urzúa le había dado tono a su diario, le había impreso un estilo, y ese era el de la impersonalidad. Impersonalidad en la información, en el relato de la crónica. Impersonalidad en el atisbamiento de los sucesos y en la manera de enfocarlos. Elevar la discusión era su lema: Dignificar el debate, su mayor anhelo. Situar la polémica en la región de las ideas y de los principios, el fondo de su más íntima aspiración. Señorío, dignidad, hidalguía, era lo que Urzúa pedía para las columnas de su diario, las grandes sábanas de *El Ferrocarril*. En este aspecto de la caballería periodística, Urzúa fué un maestro.

Reyes, frente a la posición política del diario que redactaba, lo caracterizaba con estas palabras en su *Revista Semanal* del día Lunes 29 de junio de 1856: —«*El Ferrocarril* es semi oficial nos decían ayer—escribe—. *El Ferrocarril* es pelucón dicen hoy *El Ferrocarril* es opositor, dirán mañana. Señores, decimos nosotros. *El Ferrocarril* es independiente y hoy pegará contra el gobierno en aquello que mal proceda y mañana morderá a los pelucos si no andan bien derechos. *El Ferrocarril* abogará siempre por los intereses del país y por aquellos que los defiendan con sinceridad. *El Ferrocarril* apoyará el bien donde lo encuentre, y condenará el mal venga de donde viniere. ¡Independiente! a otro perro con ese hueso, amigos nos responden, digan que son ustedes tejedores y habrán dicho verdad. Los verdaderos tejedores son ustedes, porque vosotros ministeriales obstinados, pelucos retrógrados y opositores camaleones tejéis ahora la dura y áspera red que cual ensangrentado cilicio maniatara vuestra patria dejándola estacionaria en las vías del progreso y de la industria... No, antes de suscribirnos a cualquiera de esos partidos que nos quieren ofuscar con supuestas miras patriotas, haremos trizas nuestras plumas y buscaremos otros medios de servir a nuestro país confiando en nuestros propios aunque dé-

biles esfuerzos y no mirándonos en la trailla de esos galgos husmeadores que los partidos lanzan a la descubierta».

El audaz renovador del diarismo nacional tenía una larga hoja de servicios en la prensa. Los dos biógrafos de Urzúa, Pedro Pablo y Virgilio Figueroa, lo hacen pertenecer a la redacción del primer diario fundado en Santiago en 1844 con el nombre de *El Siglo* por su tío Santiago Urzúa, y cuya dirección literaria y política tuvieron Juan Nepomuceno Espejo y Francisco de Paula Matta. Lastarria no nombra a Urzúa en esta empresa. Lo hacen participar también en *El Crespúsculo*, periódico anterior a aquel, y en el que Francisco Bilbao lanzó su bullada *Sociabilidad Chilena*. Hablan de haber dirigido *El Clarín*, periódico liberal de la juventud avanzada. Lo cierto es que en 1848, era corresponsal del diario porteño *El Mercurio*. En 1849, representaba la dirección de *El Corsario* en Santiago que desde Valparaíso mantenía el editor peninsular José Santos Tornero. Desde esas columnas, ya en forma seria, ya en tono sarcástico, ya con violencia, ya con punzante hilaridad, se hizo violenta oposición al Ministerio de Manuel Camilo Vial. Allí escribieron Santiago Lindsay, Angel Custodio Gallo, Francisco de Paula Matta y J. Manuel Hurtado. Esas eran las cabezas pensantes del liberalismo doctrinario del periódico. Una permanencia obligada en Valparaíso para atender una función administrativa, lo hizo redactor de *El Diario*, «órgano del progreso nacional y que llevó por lema todo lo siguiente: política, comercio, religión, literatura, artes, ciencia, industria, estadística, minería, tribunales, agricultura, teatro, anuncio»,—como dice Briseño. Lo había fundado el escritor uruguayo Juan Carlos Gómez, el 2 de junio de 1851, y cuando Santiago Lindsay se hizo cargo de la publicación, como propietario, Juan Pablo Urzúa, pariente muy cercano de Lindsay, tomó una parte principal en la dirección del periódico.

Tal era la carrera de Urzúa en el diarismo, cuando, en 1855, ayudado por Manuel Montt y sostenido por Antonio Varas,

decidió lanzar a la arena el diario *El Ferrocarril*. La ayuda de Montt y Varas fué puramente moral. A Urzúa costó la empresa la inversión de toda su fortuna, junto con la de su familiar Juan Pablo Arancibia. No sería el diario como todos aquellos que le habían antecedido. Va a tener un carácter distinto; lo va a animar otro espíritu. Sus páginas estarán dotadas de una modernidad desconocida. Nacido *El Ferrocarril* para ser fiel intérprete de la política nacional o montt-varista, luego se transforma en un órgano independiente, en un diario mercantil y noticioso, abierto a la discusión amplia de todos los problemas nacionales. Los debates públicos alcanzan en las columnas de *El Ferrocarril* una correcta neutralidad; se discuten los problemas de la nación con un tono sereno, con inspirado amor por el bien público. Sus páginas respiran seriedad, afán informativo, deseos de ilustrar». El espíritu comercial no se había aún desarrollado en condiciones suficientes para hacer lucrativo el trabajo de los periódicos. No eran muy variados los temas con los cuales había que alimentar el interés o la curiosidad del público; las noticias de Europa, o en general, las noticias de los países extranjeros, no llegaban hasta nosotros con el mérito de la oportunidad y de la continuidad; el gusto literario no alcanzaba aún sino a un número muy limitado de personas y, por último, los vacíos de nuestra ley de imprenta no eran factores aptos para estimular convenientemente los grandes empujes de las campañas periodísticas. La prensa se consumía por su escasez de circulación, yacía lánguidamente en un abandono apenas tolerable para los más robustos paladines de una idea. Al editorial sesudo y elegante prefería el comentario, más o menos chismoso y fútil, de los corrillos de la Cámara, del Club o de los salones donde aún se respiraba el dejo de las polillas de la Colonia. En cierta ocasión se formularon reproches al Gobierno a título de que subvencionaba éste un periódico de la capital. El Ministro Varas, con la franqueza que tanto lo distinguiera, declaró que se daba esa subvención para que pudiese vivir siquiera alguno de los periódicos.

Agregó el señor Varas que la prensa era indispensable para la vida libre de las naciones.

«Algunos publicistas han atribuído a don Justo Arteaga Alemparte la iniciación de la reforma y del progreso del periodismo nacional. Semejante elogio peca de exagerado. Don Justo Arteaga Alemparte contribuyó seguramente al mejoramiento del periodismo chileno; pero es equitativo reconocer que las primeras tentativas en el orden de esos adelantos se debieron principalmente a la capacidad y patriotismo de don Juan Pablo Urzúa. El señor Urzúa fundó *El Ferrocarril* dentro de concepciones que acreditan la superioridad de un notable espíritu y de un doctísimo criterio. Su don de gentes invitó al *Ferrocarril* a talentos tan escogidos como los de don Ramón Sotomayor Valdés, don Ignacio Zenteno, don Vicente Reyes, don Justo Arteaga Alemparte y don Carlos Rogers. Don Juan Pablo Urzúa sirvió los derechos de la autoridad conciliándolos con los intereses de la libertad. Fué él quien abrió los grandes derroteros del periódico inteligente, formal y de doctrina. El temperamento fogoso y la imaginación todavía inquieta de don Justo Arteaga no lo capacitaban, en los primeros instantes, para redactar y para dirigir *El Ferrocarril* dentro de las serenas vías que la moderación del señor Urzúa le señalara. La unión de estas dos personalidades poseedoras y maestras de tan diversas aptitudes favorecían la circulación y el prestigio de *El Ferrocarril* desde el año 1860 hasta el año de 1875. El señor Urzúa meditaba mientras el señor Arteaga Alemparte escribía. La nota vivaz y pintoresca del literato se moderaba al pasar por el examen de un criterio que, como el del señor Urzúa, tenía algo de taller y mucho de laboratorio». (Roberto Huneeus: «Don Justo y don Domingo Arteaga Alemparte». Biblioteca de Escritores de Chile. Vol. II. 1910).

Pues a ese diario fué a escribir Vicente Reyes bajo la dirección de una inteligencia tan ponderada como la de Urzúa. Había encontrado su centro. ¿Qué más podía desear? Sería un edito-

rialista tranquilo, sin arrebatos, razonador empedernido como buen estudiante de derecho y un observador de los sucesos con cierto dejo de ironía en su interpretación. No quería más tampoco de acuerdo con la discreción natural de su temperamento que nunca quiso ni lastimar levemente a nadie ni echar fuego a la hoguera de las pasiones. Salvaba así un gran escollo en una prensa que hasta entonces se había conducido procaz, personal, injuriosa y detractora, ordinariamente. Había muerto con la polémica eterna, lánguida, rabiosa, apasionada e irritante. Urzúa se había propuesto hacer de su rotativo algo impersonal, informativo y noticioso. Su espíritu tranquilo lo llevaba a buscar esa ecuación como periodista; pero ¿no obraba así también como una reacción violenta contra el personalismo que había caracterizado a casi toda la prensa nacional? Las excepciones fueron muy pocas antes de que *El Ferrocarril* trazara las nuevas normas de la ética del periodista. El código moral trazado por Urzúa, su planteamiento real en las columnas interminables del diario, la impersonalidad con que allí se trataban los asuntos de orden público, a pesar de tener el director su doctrina política, social y económica y de ser hombre de afecciones de partido, todo eso garantizaba para Reyes su tranquilidad de alma. La suya, tan fría como egoísta, no tendría que violentarse. No estaba llamado a halagar a nadie ni a pedir favores. Le bastaba esconderse en la discreción del diario, que era la misma que emanaba de su espíritu cordial. Por eso, Urzúa cautivó sus afectos desde el primer momento de contacto. Lo distinguió siempre. Ese afecto perduró en un recuerdo sin desvanecerse aun en la ancianidad más proveyta. Se le representaba bien iluminada esa figura en su memoria..

«Don Juan Pablo fué un talento de quien ahora no tiene idea el público», —le dijo a Armando Donoso. «Hombre de mucha cabeza, de una rectitud a toda prueba, de un gran espíritu público, honrado como ninguno. Desde su escritorio, siempre lejos de la exhibición, hizo por las ideas liberales y por el Club

de la Reforma lo que otros no hubieran realizado jamás. Don Juan Pablo era un hombre muy completo. Nadie logró sacarlo jamás de su escritorio: odiaba con toda su alma la vana ostentación, el dejarse ver. ¡Qué habilidad la suya en el manejo del diario! Estoy cierto que si hubiera vivido no se la habría ganado ninguno.... Me dispensó él a mí una amistad franca: lo conocí mucho desde que se fundó *El Ferrocarril*. Recuerdo que un día me encontré con Miguel Luis Amunátegui, quien me dijo que tenía encargo de don Juan Pablo para que fuese a hablar con él. Fuí, en efecto, y desde ese día ingresé al diario. Esto pasó allá por diciembre del 56; permanecí todo el año siguiente hasta que, habiéndome venido una disentería muy larga tuve que irme a convalecer a Copiapó; pues bien, por todas partes me persiguió don Juan Pablo con el sueldo; me obligó a aceptar hasta el último centavo. Después que regresé del norte seguí escribiendo en *El Ferrocarril*. Había sido yo nombrado empleado ministerial. Más tarde colaboré en el diario durante toda la época del Gobierno de don Joaquín Pérez. Yo escribí mucho, hasta versos... pero como cooperador y amigo de Juan Pablo Urzúa».

Hay más sobre el carácter de Urzúa. Es un recuerdo oído y conservado por Enrique Matta Vial. «Respecto de su sincerísima modestia,—le manifestaba a Donoso también—he oído con frecuencia que jamás permitió que su nombre figurara para nada en *El Ferrocarril*. Alguien me contaba una vez que una noche de luna que caminaba en compañía de don Juan Pablo por la calle, y en circunstancias que iban por la vereda que queda en la sombra, su acompañante le dijo a don Juan Pablo: ¿Por qué no pasamos al lado que alumbrada la luna? ¡Está tan clara la noche! Y aquél le respondió inmediatamente: «De esta vereda oscura nosotros vemos todo lo que pasa en la alumbrada; en cambio, nadie nos ve a nosotros». Esta anécdota tiene el alcance de un símbolo sobre su actitud periodística», concluye comentando Armando Donoso.

Así como fué de intensa, permanente, de una rara continui-

dad la vida política de Reyes en el espacio de más de un medio siglo, no fué fecunda su carrera literaria. Esporádicamente pasó por ella hasta arrumbar la pluma definitivamente para las letras. Era perezoso y cómodo; esquivaba hasta dar respuesta a las cartas que recibía. Es tradición que cuando murió, en su escritorio, en un rincón, se encontraron miles de cartas cerradas, sin abrir, dirigidas al candidato de la Alianza Liberal durante la campaña presidencial de 1896, en contra del de la Coalición Liberal-Conservadora Federico Errázuriz Echaurren. Esas cartas eran las de sus partidarios de todo el país, que veían en Reyes al semi-dios del liberalismo doctrinario, laico, ateo, democrático, reformista, anti-clerical y nivelador de las jerarquías, de los privilegios y de las desigualdades sociales. El «Repúblico», el «Patriarca», el «Hombre de todas las Virtudes Cívicas», se ha dicho que por dignidad no contestó esas cartas. Su honradez ciudadana se lo habría impedido. A menos que se hubiera embalsamado con el incienso que sobre él se había derramado, copiosa y caudalosamente, y encontrara impropio de su republicanismismo halagar a sus partidarios, todo eso le habría impedido responder a esas cartas. Ahí se revela el mito de la personalidad elevada por su simple simpatía innegable, su proverbial discreción y su elegante egoísmo para sacrificarse aun en su propio beneficio. Escribir debió parecerle una fatiga, y si en la juventud lo hizo fué por el impulso vital de la edad, acaso por una singularización nada más. La vocación literaria careció de persistencia. Pasó por el campo de las letras como una ráfaga casi llevándose su propia obra. «Desgraciadamente para las letras, el señor Reyes ha sido avaro de su pluma», confirma su amigo y admirador, más amigo que juez, Domingo Arteaga Alemparte», «Se ha cuidado poco de coronar la reputación literaria a que dieron tan buenas bases los escritos de su primera juventud. Desde entonces, sólo muy de tarde en tarde, ha entregado a la corriente de la prensa periódica, artículos que, si no

siempre llevaban su firma, llevaban siempre el sello de su ingenio y hacían lamentar sus abstenciones de escritor».

En *El Ferrocarril* editorializó la actualidad política en períodos bravos, agitados de intensa campaña doctrinaria. Reyes fué uno de esos jóvenes pobres de la aristocracia santiaguina venida a menos por las mutaciones de la revolución de 1810, que levantaron Montt y Varas durante el decenio, como otros tantos de provincia, sin arraigo social, sin fortunas, pero de evidente talento. Renovaban así el material humano de la administración, de la política, del partido, de la educación, con sangre nueva, más vigorosa y resuelta. Reyes creció en las filas del montt-varismo por simpatía, sirvió a ese partido por agradecimiento—Montt lo hizo jefe de sección de un Ministerio y lo ungió diputado—; y peleó esa causa a la manera tibia como él sabía batallar. Al producirse la escisión del viejo partido pelucón, a consecuencia del asunto del sacristán, formó en las filas en que se desgajó ese tronco, los nacionales o montt-varistas. Tomó la pluma para atacar a los compañeros de ayer, a los hermanos, convertidos en conservadores o ultramontanos. Esto ocurría en 1856 y 1857. El campo se presentaba espléndido para la batalla. Reyes podía lucir su volterianismo, su anticlericalismo, el escepticismo cordial de su espíritu, esa que se ha dicho era su fina ironía, a la que se dió algo de legendario y proverbial. Por lo menos, Jorge Huneeus y Alberto Edwards así la llamaron y Roberto Huneeus también se plegó al ditirambo. Pero ninguna de esas aptitudes descollaron señeramente como que sirvieran para destacarlo. Atacaba en las columnas del diario con moderación. No hay entusiasmo, no hay fuerza, no hay pasión. Era un expositor de hechos candentes, que de vez en cuando hacían despuntar la ironía o la burla. Sin embargo, eran los mismos hechos candentes los irónicos y burlescos debido a su eclosión en el medio social. De ahí no pasaba el escritor en su interpretación. ¡Qué bien cuadraba todo eso a Reyes en la conformación del ideal del diario de Urzúa! Una de las mejores condiciones de su espíritu

resaltaba en esa campaña de prensa: la discreción. «La discreción ha encontrado en la personalidad del señor Reyes su expresión más completa y seductora»,—decía del escritor otro de su mismo tiempo que le conoció con intimidad, Domingo Arteaga Alemparte en «*Los Constituyentes de 1870*». «La solidez de su talento—agregaba—la chispeante viveza de su ingenio, la afabilidad y nobleza de su índole reciben de su discreción un realce suave y agradable. En sus escritos, en sus discursos, en sus conversaciones, en sus modales, el señor Reyes es ante todo discreto». Y al acentuar con más vigor las líneas del retrato, escribe: —«Así se explica que, siendo un hombre de partido firmemente adicto a su bandera, intransigente en materia de opiniones, su persona y su palabra hallen, sin embargo, buena acogida en todas partes. Así se explica que, siendo cordialmente estimado de sus amigos, no sea aborrecido de sus adversarios. En el colegio, fué un excelente camarada, un muchacho de sangre ligera. En el trato social, en el mundo de la política y de las letras, es un hombre de verdadero mérito, fácil de hacerse querer, difícil de hacerse odiar».

#### IV

La cuestión del sacristán dividió al viejo peluconismo tradicional, porque ese incidente pequeño, que no debió tener trascendencia en si mismo, rebasó el cántaro con una sola gota de agua, en el que se contenían dos conciencias divergentes: una quería la subordinación del Estado a la Iglesia; la otra de la Iglesia al Estado. Era una cuestión doctrinaria que enfilaba al régimen del regalismo y del patronato. No se necesitaba ser increyente para aceptarla y sostenerla; pero, sí, se necesitaba ser creyente y sectario para reclamar una Iglesia combatiente superior al Estado. Los pelucones, que se sentían herederos de la filosofía de la ilustración, defendían el regalismo; aquellos mismos pelucones que sostenían el *Sylabus* se rebelaban ante una

Iglesia sometida. El Estado laico era para ellos una aberración. Una cuestión social, una cuestión política, una cuestión moral, mucho más honda todavía, derivó del asunto. La aprovechó la prensa y el escritor político. Es este el momento en que aparece Reyes iniciándose en el género costumbrista. ¿Cómo escribe? Es, incuestionablemente, un escritor correcto. Su castellano es limpio, de una extracción de buena ley. Hay una sonoridad de sabor clásico en la frase. En el subconsciente literario de Reyes se despiertan los buenos estudios del idioma hechos en la gramática y en los escritores creadores del verbo, prolijamente digeridos en el Instituto Nacional, con una fuerte base latina. Pero esa misma frase de sonoridad clásica castellana, tiene un corte de forma francesa. Reminiscencias son estas de lecturas de la formación literaria de esos buenos y alegres días de estudiante.

En la redacción de *El Ferrocarril* formó sección aparte. El editorialista supo hacerse un hueco, formar un cortijo propio. Durante el año de 1856 y parte del de 1857, las *Revistas Semanales* alzaron en la pobre prensa de entonces, según los críticos de Reyes, una gran notoriedad. Con demasiada buena voluntad, con la voluntad generosa del amigo, se le dió en llamar escritor satírico, festivo y costumbrista. Así lo clasificó Domingo Arteaga Alemparte y así también continuaron llamándolo sus críticos: el primero lo hizo por benevolencia, por amistad y compañerismo; los segundos, Jorge Hunceus, Benjamín Vicuña Subercaseaux, Pedro Pablo Figueroa, José Domingo Cortés, lo hicieron por repetición inconsciente y falta de estudio. Todavía los biógrafos de Reyes por acarrear méritos a una gloria que no necesitaba de los literarios para ser un político honrado, virtuoso, una inteligencia cordial y un espíritu discreto, continuaron copiando el juicio de Domingo Arteaga. Es discutible la afirmación de este último y de sus continuadores, de los cuales puede decirse con absoluta seguridad, que ni siquiera se asomaron a los escritos de Reyes. De todas sus páginas de este género satírico, festivo y de ambiente costumbrista, son muy pocas las

que pueden escogerse, y no para llevarlas a una antología. Acaso dos merecerían ese homenaje.

## V

Cuando Reyes aparece en el escenario de las letras, en el periodismo, la literatura costumbrista la habían ensayado Domingo Faustino Sarmiento y José Victorino Lastarria. Pero no iban a ser ellos los que le dieran un realce de tipo singular, es decir, tan destacado que dejara un hito en las letras del siglo XIX. José Joaquín Vallejo, que popularizó el seudónimo de *Jotabeche*, destiñó la obra de aquellos escritores, sus contemporáneos de la misma exacta hora en que pergeñaba Vallejo sus líneas. Algo que no sopla ni anima las páginas de Sarmiento y de Lastarria, se encuentran en las del creador del costumbrismo típicamente chileno: el nacionalismo literario, la explotación auténtica de aspectos de la vida criolla, el esbozo de rasgos bien precisos de la psicología chilena, mejor dicho, de la chilenidad, del criollismo con una alma y un corazón propios. Es un paisaje también eminentemente propio. Esos artículos de *Jotabeche* publicados en *El Mercurio* de Valparaíso, en *El Seminario* de Santiago y en el *Copiapino* de la ciudad nortina, en el corto período de 1841 a 1847, cuando escribe propiamente sus artículos costumbristas que son los que hacen su gloria, dejaron flotando en el ambiente un recuerdo que no se desvaneció. La retina del lector los grabó, los impresionó, con la permanencia de una fotografía. ¿Por qué? Por un fenómeno de psicología muy propio del alma nacional. En los escritos de *Jotabeche*, el lector chileno, de cualquiera categoría social que fuese, vió la imagen del chileno tal como lo había conocido, distinguió las características de su alma, apasionó su sentimiento, convivió con sus costumbres, sintió las palpitations de su corazón. y lo vió desenvolverse en la misma montaña, en el mismo llano, en el mismo paisaje que había recorrido. *Jotabeche* le estaba hablando de algo que no le era ex-

traño y que quería con una fuerza inconsciente. De ahí su permanencia en su sentimiento y de ahí el arranque del criollismo en la literatura nacional. Para sentirlo y comprenderlo no necesitaba buscarle modelos inspiradores de corte literario ni de interpretación euro eos. Jotabeche es anterior al conocimiento de Larra en Chile como cronológicamente puede probarse, y cuando se divulgó se hizo su apasionado lector. Pero no lo influye. Mientras *Figaro* es amargo, *Jotabeche* es una fiesta resplandeciente.

Fué ese recuerdo de sus artículos lo que hizo posible una edición de ellos, cuando los autores nacionales apenas si se veían reproducidos en letras de molde. En 1847, por ejemplo, cuando aparece la primera edición de la *Colección de los Artículos de Jotabeche*, publicados en *El Mercurio de Valparaíso*, en *El Seminario de Santiago*, y en *El Copiapino*, desde abril de 1841 hasta septiembre de 1847, por la Imprenta Chilena, en un volumen en 4.º de 296 páginas, las prensas, en un total de 124 ó 125 publicaciones, sólo habían editado seis autores chilenos: Andrés Bello (nacionalizado por ley del Congreso), José Victorino Lastarria, Eusebio Lillo, Pedro Godoy, Juan Bello y Ramón Briseño. El éxito de librería de los artículos de Jotabeche, como lo ha recordado el español José Santos Tornero a Vicuña Mackenna en una carta, escrita en julio de 1877, «sólo pudo compararse con la facilidad con que se agotaban una tras otra las ediciones de Dumas». El dato es de verdadera importancia para establecer cómo el escritor copiapino se adentró en el alma nacional.

Los escritores que siguieron a Jotabeche, nacido en 1811, Salvador Sanfuentes, en 1817; Miguel Luis Amunátegui, en 1828; Ramón Fritz, en 1829; Alberto Blest Gana, en 1830; Benjamín Vicuña Mackenna, en 1831; Román Vial, en 1833; Daniel Barros Grez, en 1834; Vicente Reyes y Pedro Ruiz Aldea, en 1835, tuvieron en Vallejo, directa o indirectamente, el modelo a que sujetaron la vena costumbrista en sus escritos. Lo que se explota en el género, es lo nacional, sus tipos característicos, lo

que ha plasmado el criollismo. Esos tipos no es necesario puntualizarlos ciertamente desde el *siútico* hasta el *pililo* con todas sus gamas intermedias. Y la expresión de ese criollismo no aflora con un perfil definido antes que le den carta de nacionalización en las letras algunos de los escritores nombrados. Aparece tímidamente. En la prensa se ofrece la descripción de estos tipos, con forma casi siempre anónima, con títulos que nada dicen hoy al lector, pero que entonces eran una revelación. Los diarios y las revistas cuajáronse de artículos que parecían seguir la forma de la iniciación de Jotabeche en las letras. A veces se intitulaban «Comunicados», «Ocurrencias», «Folletín», «Revista Semanal», «Revista Quincenal», «Observaciones del Público», que destacaban la sátira en la descripción de un tipo o de un ambiente. El género se mantuvo así desde 1850 hasta 1870, en una especie de vergonzante anonimato. La viada dejada por Jotabeche seguía produciendo esos frutos. El escritor publicó sus cuadros costumbrista hasta 1852, en que el diplomático hizo desaparecer al hombre de letras. Al año casi justo de su fallecimiento (1858), sus artículos vuelven a circular en la misma edición de 1847, que lanza a la luz pública José Domingo Cortés en 1859, con ciertas variantes, en la ciudad de La Serena.

Al aparecer Vicente Reyes en la literatura ¿quiénes se dedicaban al costumbrismo? De los jóvenes de su tiempo. Alberto Blest Gana le había precedido. Antes que a la novela, se había dedicado al cuadro de costumbres. En 1853, tres años antes que Vicente Reyes, en *El Museo*, periódico científico y literario fundado por Diego Barros Arana, Blest Gana, en dos artículos firmados con el seudónimo *Abejé*, e intitulados «*Un baile en Santiago*» y «*Las Manías*», había desenvuelto el género con un éxito bastante apreciable. En la novela que allí mismo publicó «*Una escena social*», Blest Gana se complace en describir las costumbres de una clase media en formación. Ya no soltará más los pinceles del retratista, que evocará en cuadros animados lo más auténtico de su tierra. Y esos cuadros se multiplicaron en sus

novelas. Como articulista consagrado al costumbrismo, tuvo mucho más persistencia que Reyes, pues de «*El Museo*», 1853, pasó a «*La Semana*», 1859, de los Arteaga Alemparte y de esta revista a los diarios «*La Voz de Chile*», 1862, fundado por Manuel Antonio Matta y de aquí a «*El Independiente*» (1865), redactado durante los cuatro primeros meses que siguieron a su fundación por Miguel Luis Amunátegui. En todos esos periódicos, Blest Gana dió expansión a su tendencia de escritor costumbrista. Reyes le sigue tres años más tarde en 1856, en *El Ferrocarril* hasta 1857, con las *Revistas Semanales*. De ahí, dejando casi un año y medio en claro, sin producir para las letras, torna a *La Semana* fundada en 1859 por los hermanos Justo y Domingo Alemparte. El clima, el ambiente, en que nacía la revista era asfixiante. Se estaba sobre un volcán. La revolución, amparada por la fusión liberal conservadora, había sido vencida. Lágrimas, destierros, fusilamientos, prisiones, muertos en los combates, heridos en los hogares, aflicciones en los corazones, tribulaciones en el alma, era lo que dejaba. Y con ese triunfo se afirmaba un gobierno fuerte, que ahora se hacía más fuerte, un gobierno autoritario, que se hacía más autoritario. La libertad no estaba encadenada, pero ¿dónde estaba la libertad? *La Semana* apareció como un bálsamo para los espíritus entristecidos el 21 de mayo de 1859 y había de concluir el 2 de junio de 1860. Un año y trece días de vida en el infierno santiaguino. Eso era admirable.

«Pasada la tormenta revolucionaria que se desencadenó después de aquel estado de sitio, y que mantuvo al país en dolorosa alarma y ahogado en lágrimas y sangre durante los primeros meses de 1859, era de esperar que la producción literaria independiente desapareciera y que todo el movimiento intelectual quedase reducido, como antes, a la esfera en que las influencias oficiales y eclesiásticas imperaban»—apunta Lastarria en los «*Recuerdos Literarios*». Y así habría sucedido indudablemente, como lo demuestra el gran número de textos didácticos, de tra-

ducciones y reimpressiones que aparecieron en aquel año, bajo la protección del gobierno, y las treinta y tantas obras de interés religioso que publicaron, si no hubiera ocurrido un acontecimiento tan feliz como inesperado. Ese acontecimiento fué la aparición de *La Semana*, periódico noticioso, literario y científico, que principiaba el 21 de mayo, cuando aun no había un mes que tronaba el cañón de la última batalla de la guerra civil, cuando aun se oían las detonaciones de los últimos fusilazos de una rebelión, cuyo desconcierto revelaba su origen popular y le daba el carácter de una protesta del país contra el absolutismo de un gobierno represivo. ¿Quién venía a ofrecer en aquellos momentos de dolor a la inteligencia y al corazón los consuelos de las letras?

«¡Dos niños! Sí, adolescentes por la edad, pero hombres por el poder de su inteligencia, eran los hermanos Arteaga Alemparte, cuando fundaron aquel periódico literario. Acababan de volver del Perú donde habían crecido, compartiendo con su honorable padre las tristezas del largo destierro, que este distinguido veterano del ejército había sufrido por servir a la causa liberal. Estaban, por consiguiente, ajenos de las pasiones del momento, y podían aspirar, como lo dicen en el prospecto de *La Semana* a representar la vida palpitante de la sociedad, y a «constituir su periódico en el órgano del arte y la ciencia que alboreaban en nuestro horizonte, a convertir sus columnas en los anales de su incremento y progreso». Contaban con la cooperación de muchos escritores, solicitaban el conjunto de todos los que en Chile pagaban tributo a las letras; y deseaban que su papel fuese—«una liza abierta a todos los talentos, así a los que empiezan a manifestarse, como a los que la edad y el estudio han madurado, donde todas las opiniones tengan cabida, donde todas las ideas encuentren publicidad, sin sujeción ni reticencias, con independencia y buena fe».

«En efecto, *La Semana* fué desde entonces, hasta junio de 1860, el representante del movimiento literario independiente; y en ella cooperamos con los Amunáteguis, Barros Arana, Joa-

quín y Alberto Blest Gana, Carrasco Albano, González, Irisarri, Martín Lira, Sotomayor Valdés; y otros varios jóvenes que allí hicieron sus primeras pruebas literarias. Los directores del periódico mantenían hábilmente el interés de la publicación por medio de sus numerosos artículos de fondo. Su poderoso espíritu sintético y de abstracción, su poder inductivo y su admirable facultad de expresión, los hacían aptos para tratar con acierto cuantos asuntos tomaban a su cargo, y guiados siempre por un noble amor a la justicia y a la verdad, utilizaban el caudal de sus conocimientos en servicio de los nuevos ideales y de las modernas aspiraciones de la sociedad».

«Los fundadores de *La Semana* tuvieron la gloria de producir una verdadera agitación literaria, pues durante el primer trimestre, su periódico fué una revelación inesperada del vigoroso desarrollo intelectual que se había mantenido, a pesar de los intereses políticos que habían predominado y preocupado el espíritu público. Parecía que fatigados de la lucha y desesperanzados, los antiguos escritores venían a buscar el consuelo inefable de la literatura, y que el ejemplo de los fundadores del periódico suscitaba la aparición de nuevos adeptos que, como ellos, sólo estaban inspirados por su amor a las letras, y exentos de las agitaciones de la época. Entonces reaparecieron en las columnas de *La Semana* don José Antonio Donoso y Barros Grez, se estrenaron como prosistas de estilo vigoroso Vicente Reyes y don Ignacio Zenteno, y al lado de los conocidos poetas Irisarri y Lira constantes colaboradores del periódico, ofrecieron en él las primicias de la música Luis Rodríguez Velasco, Domingo Arteaga Alemparte y Eduardo de la Barra; y dieron espléndidas pruebas de su versación en el arte, don Camilo Calvo y el malogrado y simpático Rafael Santos, que tan notable se hizo por su fácil versificación y festivo ingenio. También Blanco Cautín, sin embargo de estar alistado entre los colaboradores de *La Semana*, publicó en aquel tiempo la primera entrega de sus *Poesías*...».

La colaboración de Vicente Reyes en *La Semana* fué es-

casa y de largos espacios. Sin embargo, las dos mejores páginas del escritor se encuentran en esta revista. Una de ellas es de un corte verdaderamente clásico por su estilo, la sobriedad y la elegancia de la narración. Ese escrito lleva por nombre *La Sargenta Candelaria*, en que recoge de viva voz la historia de esa sencilla heroína que tan útiles servicios prestó al Ejército Restaurador en la campaña contra la Confederación Perú-Boliviana de 1838. Era una mujer modesta animada de esa chilenidad que tan bien caracterizó al pueblo chileno en sus brillantes días de gloriosas guerras. El otro artículo *Plácemes y Pésames*, es la crítica acerada de la costumbre social de festejar, aunque sea de malas ganas, al que se ha comprometido en matrimonio, y aquella otra de los pésames interminables y banales, que sirven a los parientes y amigos, para menudear el chisme. En *La Elección de una Carrera* el autor hace una sátira de los padres que pretenden para sus hijos una profesión honorífica y lucrativa.

## VI

Las columnas de *El Ferrocarril* fueron el cimiento de la reputación literaria de Reyes, y *La Semana* contribuyó a acentuar más su fama de escritor. No se olvide. Reyes, aunque sin fortuna, pertenecía por los antecedentes paterno y materno y por el ancestro de sus abuelos, a la oligarquía santiaguina. Su carácter sano, sin asperezas, le conquistaba en todas partes, en ambientes propios como extraños, profundas simpatías. Su discreción le atraía amigos y ¿cuándo tuvo enemigos, aun en las más ardientes y enconadas luchas políticas? He aquí por qué se ha sobreestimado al escritor, y por qué, también, la gloria del político ha cubierto al escritor en una proporción que nos parece indebida.

Las *Revistas Semanales de El Ferrocarril* ¿qué son? ¿de qué se ocupan? ¿Qué es lo que se explota en ellas? ¿Qué pintan, qué describen, qué tipos son los que allí, en fin, se perfilan? No anticipemos el juicio. Oigamos el de un amigo de Reyes y

escuchemos el que a éste le merecen esas crónicas: —«Aquellos escritos—dice ese amigo al recordarlos en 1870, después de catorce años de haberse publicado, pues son de 1856 y 1857 y de 1859 y 1860—rebotan de donaire, de chiste, de ironía delicada, de fina burla. La pluma del escritor corría por el papel vertiendo sonrisas, como el Duque de Buckingham había atravesado en otro tiempo los salones de Luis XIV derramando perlas. Y no era empresa fácil hacer sonreír a los santiaguinos contándoles cada semana su propia historia, poco variada y amena de ordinario. Escribir en nuestra capital revistas semanales es un trabajo parecido al de hacer encajes, en que la materia es nada, la habilidad todo. El señor Reyes sabe escribir revistas tan primorosas como los encajes de Bruselas. Para ello se necesita una gran facilidad de estilo y una gran fuerza de ingenio. El señor Reyes tiene lo uno y lo otro. Se necesita todavía la facultad—mitad inteligencia, mitad sentimiento—de descubrir y retratar el ridículo en sus innumerables formas, bajo sus mil disfraces, llámense costumbres, carácter, acción, acontecimiento, vanidad, envidia, codicia, cólera, alegría, indolencia, irascibilidad, mansedumbre, gravedad, ligereza, hipocresía, infatuación, doblez, necedad, intriga o torpeza. El señor Reyes tiene también esa facultad: posee el secreto de sentir con intensidad, de discernir con prontitud, de expresar con viveza aquella desproporción entre los medios y los fines, entre las causas y los efectos, entre los esfuerzos y los resultados, entre la expectativa y la realidad que constituye la esencia del ridículo en los actos y los sucesos humanos».

Tal es la opinión de un gran juez en asuntos literarios sobre los escritos de Vicente Reyes. Es el juicio de Domingo Arteaga Alemparte, a quien no sería posible recusar de incompetencia y falta de sensibilidad. Pero esta su opinión debe ser conocida íntegramente para derivar de ella conclusiones absolutamente adversas. He aquí cómo continúa Arteaga Alemparte la defensa de los escritos de Reyes: —«Ningún talento—dice—más vilipendiado, más execrado, más calumniado que el talento de la

ironía y de la burla. Las gentes tildan de ordinario al que la posee de hombre frívolo, mezquino, envidioso, malévoló, díscolo, intratable. Le declaran incapaz de los entusiasmos generosos que inspiran lo bueno y lo bello. Le miran con recelo y ojeriza. Le clasifican entre las plagas morales de la sociedad. Se comprenden semejantes opiniones: pocos poseen y todos temen el poder de la ironía. Pero semejantes opiniones no se justifican, por más que muchos hombres hayan hecho de ese poder un uso deplorable. El talento de la ironía supone necesariamente la capacidad de sentir y conocer el bien, la belleza, la justicia. No es posible distinguir lo ridículo y lo pequeño, sin tener por criterio el ideal de lo sublime y de lo grande. La deformidad no existe para un espíritu privado del sentimiento y de la noción de lo bello. En el escritor satírico y burlesco, hay una inteligencia perspicaz y una alma sensible. Su risa no es la expresión de la alegría, como las lágrimas del león no son la señal del miedo. Se ríe de dolor como se llora de rabia.

«El espectáculo de las debilidades y miserias de nuestra especie produce, en los hombres dotados de una sensibilidad viva, dos efectos en apariencia contrarios, en el fondo idénticos. Hace melancólicos a los poetas, hace burladores a los filósofos de la vida real. El señor Reyes es uno de esos filósofos. Su talento burlón es el reflejo de un espíritu serio, observador, lleno de penetración y buen sentido. Ese talento, contra lo que sucede comúnmente, aparece en el señor Reyes alumbrado por una luz simpática. A través de la ironía se trasparenta la bondad de su carácter. El burlador no eclipsa al pensador ni al hombre de bien. Bajo los chistes del escritor festivo se ve una inteligencia que medita, una conciencia que vela tranquila, un corazón que sabe sentir noblemente. No hay crueldad ni veneno en su burla».

Todo eso último fué Reyes como hombre. Sus prendas morales, no obstante la discreción y el egoísmo, fueron paradigmas de virtudes. Pero el escritor no fué ni un ironista, ni un satírico, ni un burlesco. Muy lejos de su pluma, que manejaba un excelen-

te castellano, se encuentran aquellas condiciones para «descubrir y retratar el ridículo en sus innumerables formas, bajo mil disfraces, llámese costumbres, carácter, acción, acontecimiento, vanidad, envidia, codicia, cólera, alegría, indolencia, irascibilidad, mansedumbre, gravedad, ligereza, hipocresía, infatuación, doblez, necedad, intriga o torpeza». Al haber descubierto Reyes tan notables y perfectas dotes de escritor costumbrista, su nombre de escritor no habría quedado en el claro oscuro en que ha vivido sepultado. Lo que Arteaga Alemparte le ha supuesto, en un libro de vasta circulación, se ha seguido repitiendo; su crítica no ha sido verificada ni establecida con la realidad de lo que arrojan las páginas de Reyes. Sus mismas frases son las que emplean los que se han ocupado del escritor. José Domingo Cortés, por ejemplo, en el «*Diccionario Biográfico Americano*» aparecido cinco años más tarde que «*Los Constituyentes de 1870*», (París, 1875), dice: —«En las columnas de *El Ferrocarril* escribió en 1856 revistas semanales que adquirieron pronto una popularidad merecida. Aquellos escritos rebosaban de donaire, de chiste, de ironía delicada y fina burla». Se repiten exactamente las mismas palabras de Domingo Arteaga Alemparte. Y así lo harán Pedro Pablo Figueroa, Alberto Edwards, Virgilio Figueroa, Benjamín Vicuña Subercaseaux, Antonio y Jorge Huneeus Gana, inconscientemente. Este último en el *Cuadro Histórico de la Producción Intelectual de Chile* (1910), obra que por cierto no hace fe ni como juicio literario ni como información histórica, y que sólo citamos en confirmación de la inconsciencia cómo se han repetido las palabras de Arteaga Alemparte sobre Reyes, dice también: «Su obra de periodista es corta y mucho más pequeña que la justa fama de escritor por ella alcanzada. Reyes se distinguió ante todo, y sobre todo, por la finura sagaz y penetrante de su talento de observación y por la gracia donairrosa, fresca y castiza con que sabía expresarla en sus *Revistas Semanales*». (p. 463) Benjamín Vicuña Subercaseaux decía de Reyes en la *Memoria sobre la Producción Intelectual de Chile*,

aparecida en 1909: «Don Vicente Reyes—uno de los hombres más respetables de Chile—ha hecho su carrera en la política y en el foro. De él puede decirse que es un repúblico a la antigua, liberal inflexible, ajeno al sistema de componendas y transacciones de la política moderna. En 1896, fué candidato a la Presidencia de la República. En sus mocedades cultivó las letras con una galanura que ha hecho que sus artículos no se hayan dejado en el olvido. En 1858 fué un asiduo colaborador de *La Semana*, donde insertó su célebre leyenda militar *La Sargenta Candelaria*, obra de colorido, observación y gracia literaria. En diversas épocas de su vida redactó *El Ferrocarril*. Ahí publicó sabrosísimas charlas semanales y un artículo de costumbres titulado *Plácemes y Pésames*, que en la bibliografía de las joyas de nuestra literatura tendrá que figurar a la cabeza». (Página 99).

Aquellas *Revistas Semanales* quieren reproducir las escenas más características de la vida santiaguina en la segunda mitad del pasado siglo. Y el Santiago de ese tiempo era movido en acciones de todo orden. Arteaga Alemparte estrecha demasiado ese círculo cuando escribe que «no era fácil empresa hacer sonreír a los santiaguinos contándoles cada semana su propia historia, poco variada y amena de ordinario. Escribir en nuestra capital revistas semanales es un trabajo parecido al de hacer encajes en que la materia es nada, la habilidad, todo», ¡Quién sabe! Precisamente, hacia el tiempo en que escribía Reyes la transformación moral, material, económica y social de la ciudad del Nuevo Extremo era completa. En lo moral ¿qué no habían cambiado las ideas, las costumbres y la sensibilidad? Las viejas tradiciones legadas por el coloniaje iban desapareciendo. La Iglesia anatematizaba las nuevas ideas, cierta libertad en el pensamiento, en las costumbres y en la manera de sentir. La alta sociedad se había vuelto afrancesada, seguía, como podía, el influjo parisino; y detrás de ella pujaba otra clase, la media, todavía en ciernes, que no hacía otra cosa que imitarla. Había nacido el siútico de arriba y de abajo, el caballero fastuoso en el

vestir, rumboso en el lenguaje, de cortesanía cursi. El de abajo le imitaba. Se pensaba de acuerdo con el filosofismo francés. Se era elegante de pensamiento y se era eséptico en materia religiosa, volteriano y capaz de un doble juego intencionado de palabras para descubrir ingenio. Las frases se aprendían en francés y se deslizaban burlonamente, con sonrisa mefistofélica. El adulterio seducía por su misterio. Las cábalas del amor abrían campo a conversaciones cursis, románticas, lloronas y de interminables consideraciones. «¡Oh! La pobre infeliz cuyo pecho destrozado por el rayo de una luz de amor paralizó su corazón», se decía en el corrillo de los petrimetros con caras de trasnochados. «De esa infinita bondad de Dios quien lo duda como no sea para hacer el mal» conversaba, a la letra, el que tenía por eséptico. Las jóvenes habían descubierto el descotado y dejado ver el cauce de un seno armonioso que resguardaban dos erectas protuberancias ceñidas de tules. Dibujaban ansiedades con el juego del abanico y con la vibración del pañuelo, que tenía su lenguaje. La moda, puramente francesa. El perfume, puramente francés. El calzado puramente francés. Lo español, lo criollo, se había descartado. Todo eso daba origen a tipos singulares y originales. Se destacaban en los bailes, en los paseos, en el teatro, en la filarmónica, hasta en las reuniones caseras.

En lo material ¿qué no había caminado Santiago para transformarse en una capital lujosa? La riqueza de los mineros del Norte Chico, casi todos descendientes de ingleses, la de los agricultores del centro, chilenos, que trabajaban el suelo con el mayor rendimiento de la máquina, viñateros, arboricultores, trigueros, habían acumulado fortunas cuantiosas y viajado por Europa. Se detuvieron en París, en Londres, Roma, y habían desdeñado visitar España por el odio encendido por la guerra de la Independencia. Allí cogieron modelos arquitectónicos y construyeron aquí sus casas, verdaderos palacios, con un mal gusto estrepitoso. Nace una Alhambra de un Ossa. El tipo de castillo gótico de un Urmeneta. La casa

toscana de un Blanco. Y así, a ese paso, la Plaza de Armas se transforma en algo sin originalidad, pero de gran fausto. Las iglesias, como el Carmen de la Alameda acusa imitación bizantina, de un mal gusto exquisito. Los muebles de los salones, con paredes de raso, como los deslumbrantes de Cousiño, son de las mejores fábricas europeas. Son comunes y vulgares ya en la sociedad. Cuadros en pintura de notables autores, arrojados al remate por los vendavales de la Europa de 1848, pertenecientes a condes, duques y marquese arruinados y que pasean en el destierro la pobreza, adornan los salones. Todo es rico. Vajilla de plata pura con monograma. Porcelanas de lo mejor. Caoba, sándalo, encina, jacarandá, roble, cristales de Sajonia, cortinajes de raso, de seda china, tules con incrustaciones, invernaderos con plantas exóticas... ¿qué más? Todo, todo lo que podía acaparar una sociedad rica, bullente de lujo, de singularidad con lo que parecía ser de buen tono. Y destacaba tipos en esta carrera del bienestar material. Relieves originales presentaban algunos.

¿Cómo se había transformado la economía? El industrialismo había hecho más fuertes, pero más fuertes todavía, las fortunas. Los canales regaban ahora extensas comarcas hasta ayer perdidas. Se disfrutaba de un cambio de cuarenta y ocho peniques. Las minas y la agricultura redoblaban su producción. Sensación de seguridad era la que daba el Santiago de ese tiempo desde el punto de vista económico. Había un Banco. Una Caja de Crédito Hipotecario que hacía señas al magnate financiero ya semiquebrado, ofreciéndole el empeño, la hipoteca de la mansión o del latifundio. En la Caja de Ahorros el hombre de la clase media, el profesional, el artesano ordenado, dejaban a buen recaudo las economías. Pero había pobreza también en el conventillo, en el inquilinaje, en la rotería andariega y sin rumbo. Aquí como allá, en esta estrata como en esa, surgían curiosos caracteres. Para dibujarlos se requería sólo observación. Si ese tipo se dibujaba con discreción, perdía sus aris-

tas. Si se quería hacer filosofía con él, se desteñía y evaporábase la materia en una página en blanco.

Desde el punto de la vida social, Santiago ya no era el de 1830. A las once de la noche circulaban por la Plaza de Armas encopetados señores. Los salones estaban abiertos. Había más de un Club. El Hotel Inglés no cerraba sus puertas. La Galería de San Carlos era un paseo. Hermosas mujeres desfilaban con tremendas, enormes y costosas crinolinas y quitasoles con manguito de nácar, enaguas de frú-frú y zapatos de seda bordados. El perfume de la Emperatriz Eugenia hacía mareante el recinto. Discreteos y chismes al oído dichos con el pretexto de un recado había muchos. Los hombres se apoyaban con galanura en juncos de la India. Lucían un frac azul y una corbata con grandes vueltas en el cuello. Una perla de oriente desafiante prendía en el centro de ella. De la Catedral, de Santo Domingo y de la Merced salían unas damas sofocadas por las preguntas hechas en el confesionario, o los raptos místicos de la devoción. Santiago ya no era ni una sombra de aquel de 1810 y 1830. Era un Santiago con alma propia en 1850 y en 1856 esa alma tenía su expresión en un genio original. No obstante el cosmopolitismo de arriba, puramente de mampostería, postizo y sin raigambre, en el Santiago de ese tiempo seguían palpitando las costumbres tradicionales. Las procesiones tenían su tono. La Cuaresma otro. El Dieciocho uno bien particular. La Pascua y el Año Nuevo, con el llamado de «Aquí está Silva», era un motivo eminentemente popular. La Chingana estaba en plena vida. Las carreras a la chilena seguían como en sus mejores tiempos en el campo abierto de la «Pampa». Humitas, mote con huesillos, albahaca, picarones a la forma de la «Negra Rosalía», dulces rellenos con manjar blanco, alfajores de la Antonia Tapia, circulaban por la Alameda. Las acequias laterales refrescaban el ambiente y a las sandías y melones de los venteros. Borrachos, puñaladas, riñas. El roto con calzón arremangado, ojota y chupalla de paja y manta descolorida, no hacía falta.

## VII

Había un vasto campo donde escoger tipos para las *Revistas Semanales de El Ferrocarril*. Pero todo eso escapaba a Reyes. El ambiente, popular no pareció serle nunca simpático. La vida que se desenvuelve en la clase media apenas la tocó, y una de sus mejores páginas, *Plácemes y pésames*, que evoca a Jatabeche, se anima en ese medio. *La Cuaresma* es otra que tiene relieve. Lo mismo puede decirse de ese verdaderamente irónico retratito intitulado *Un buzón para la eternidad*, que suscribió con la firma de *Dos siáticos*. Es una crítica mordaz a las costumbres católicas. Sin duda, está bien diseñado y en un ambiente real. Le siguen en este orden *Ultimo concierto en el Teatro de la República*, *Fiesta de la Navidad* y especialmente *Día de los Inocentes*, que acredita a un escritor en el género costumbrista. Pero es esta una sola página. Las otras de las *Revistas Semanales* se convierten en crónicas de los sucesos del período y son como inventarios, catálogos, de sucesos ocurridos en la capital o en otras de provincias. Reyes inicia la crónica con picardía y cierta sorna; luego se desvanece el chiste y el tono burlesco para caer en un relato puramente de cronista. No quiere, por ningún motivo, dar relieve a sus personajes y teme individualizarlos. ¿Por qué? Porque obra aquí una de las facetas de su carácter: la discreción. Teme molestar. Teme herir. Cuando el asunto no puede traer complicaciones, el escritor está en entera libertad. Estaba de moda criticar a la Iglesia y son estas críticas las más frecuentes en su obra. La llamada «cuestión del sacristán», que tan bien pudo ser explotada y puesta en el ridículo, no le arrancó nada. Dos canónigos y un sacristán mayor envueltos en el asunto, no dieron a Reyes ocasión para una sonrisa. Los tres tenían situación social y el último se vinculaba a su familia. Ni el monaguillo le sirvió para un retrato. Podía herir. El mismo reconoce lo difícil de su tarea cuando dice que el santiaguino está siempre dispuesto a identi-

ficarse con los personajes de sus revistas, y da como excusa que nunca ha sido su propósito pintar a nadie. Por eso se queja que se encuentren parecidos con los hombres que pinta. Da las más rendidas excusas y advierte sinceramente su buena fe. Pues bien, esa timidez hace desaparecer al escritor humorista y así queda también el costumbrista sin campo de ejecución para la pluma. Tal estado explica el cambio que se observa en la crónica: la iniciación es de burla, de chiste, de malicia; el término, muere sin brillo alguno.

Es persistente este temor. En la *Revista Semanal* del Lunes 31 de agosto de 1857 dice: «Ardua y difícil tarea por cierto es la de escribir una *Revista Semanal* en las presentes circunstancias. Antes exigía que ella narrara fielmente los sucesos de que debía ocuparse y criticara los abusos y faltas a que estos podían dar lugar; ahora, es condición *sine qua non* que sea chusca, espiritual, salada, picante, amarga, que haga, en fin, reír, de cualquier modo, a toda costa, y salga lo que saliere. En vano se argüiría que hay hechos cuya narración se presta más bien para lágrimas que para risas. ¡trabajo perdido! lo que se quiere del redactor, son gracias, bufonadas, frases ligeras y chistosas aunque ellas no signifiquen nada. Señores, les dice uno, miren ustedes que lo que exigen de los redactores de las revistas es que sean unos *payasos* de la prensa y si no faltan quienes estén dispuestos a serlo, nosotros renunciamos a desempeñar ese papel. ¡Pues entonces sufra Ud. que le digan tonto, desabrido, incapaz... ¿Con que ahora sale Ud. con que la misión del escritor no es hacer reír y buscarle tres pies al gato? con sobrada razón le dijo a Ud. un célebre escritor contemporáneo que no entendía de achaques periodísticos: la misión! el decoro de la prensa!! eso está bueno para dicho, pero ahora lo que debe Ud. hacer es armarse de una cachiporra literaria y ¡cristo con todos!

—¡Ay amigo, respondíamos al que tales consejos nos daba, para hacer lo que Ud. dice, es preciso calumniar, perder la vergüenza, usar muchas veces de un lenguaje indigno e indecoroso.

Conocemos que no estamos dotados de suficientes cualidades para ser payasos y difamadores: para eso se necesita cierta organización especial, quiero decir, tener cabeza de vejiga, corazón de estopa y alma de cántaro: se requiere además, escribir con pluma de ganso, empapada en sublimado corrosivo u otras preparaciones mercuriales. Si se nos provoca a una polémica, y esta refiere a ocuparnos de nosotros mismos, renunciaremos a ella, pues si escritores hay que se desesperan porque el público se ocupe de ellos, por darse, como se dice, en *espectáculo*, no faltan otros, y a este número pertenecemos, que desean ocupar lo menos posible al público con asuntos que no sean del bien público o envuelven alguna reforma en cualquier sentido que sea... Sobre todo, amigo, en una época de tantos periódicos como circulan, hay algunos que para dar interés a sus columnas dirigen insultos e invectivas con el único objeto de que le contesten y valerse de la publicidad del ofendido como medio de especulación. Es cierto que proceden en eso como ciertas gentes que insultan a los transeúntes para llamar su atención; pero el mejor remedio contra tales escritores no es contestarles una palabra y de hacerlo, que sea de modo que queden de manifiesto sus intenciones». Esa fué su doctrina.

Pongamos un ejemplo. Con Blest Gana no puede compararse en el género. Reyes le es muy inferior. Pongamos otro ejemplo más. Cuando el escritor lanzaba sus revistas en *El Ferrocarril*, al mismo tiempo Pedro Ruiz Aldea (1835-1870) publicaba sus cuadros costumbristas. Han tocado ambos asuntos iguales o más o menos iguales. La espontaneidad predomina en Ruiz Aldea, espontaneidad que a veces se pierde por el mal castellano. Pero, aun así, la gracia no decae. Cuando Reyes parece estar dando a su vena sarcástica lo mejor de ella, el hilo se corta. A la distancia ha aparecido un personaje de carne y hueso que parece hacerle señales para que no lo identifique. A Ruiz Aldea le basta eso para señalarlo con pelos y señales y así logra dibujar un tipo, crear un ambiente exactamente real. Esa es la diferencia. En uno hay

timidez, discreción; en el otro hay arrojo, osadía. Tampoco siente Reyes confianza, porque su egoísmo, su indiferencia cómoda no movida por ninguna exaltación, no se lo permite. En Ruiz Aldea la pasión es fuerte, late en él un impulso de crítica, de aspiración de justicia. Reyes no había sentido las amarguras ni las contrariedades de la vida como las que mordió Ruiz Aldea. Por eso, el primero es frío y el segundo vehemente, apasionado. Ruiz Aldea toma sus tipos desde el principio hasta el fin. Los sigue cuidadosamente destacándolos en sus diversas posiciones, penetra en ellos y les extrae el alma, si así pudiera decirse. Lo mismo hace con el medio y el ambiente, aunque deba decirse que aquí, en este punto, cae en notas exageradas a que Reyes ni llega ni pudo llegar. Sus notas son viñetas, pequeños cuadros, simples bocetos. No está en su ánimo, por las razones que se han dado, penetrar en nada. Sólo insinúa. La picardía de su ingenio cuando se descubre irónico, mordaz, es en la crítica de la Iglesia y de las costumbres que ella ha impuesto a sus fieles. Aquí se descubre entero. Pero aun así, la franqueza es forzada. Y todo esto fué por la naturaleza de su carácter. Con un poco más de decisión y de personalidad, con más fe en la vida y en la lucha por ella, con menos consideración por el qué dirán, Vicente Reyes habría dejado páginas muy superiores a las que escribió. Lo dominaba el terrible complejo de caer mal, de echarse enemigos. Es que en la discreción, en el egoísmo, en el respeto exagerado buscaba el éxito. Y el complejo de su vida se hacía más fuerte al recordar lo que le había costado formarse en un medio pobre como el suyo. La situación social suya no era nada sin la independencia económica, Por eso era tolerante.

Después de las jornadas literarias en *El Ferrocarril* y en *La Semana*, ya no volvemos a encontrar al escritor. Reyes sigue concurrendo a los cenáculos de las letras, le interesa el trato con los hombres de pluma y está siempre en contacto con ellos. Pero no vuelve a escribir. En 1859, aparece su nombre como miembro del *Círculo de Amigos de las Letras*, fundado por Lastarria. Es ya

también Diputado suplente por Ovalle. La política no le dejará día de reposo y sus quehaceres de abogado, donde logra una justísima fama y hacer una fortuna, lo alejarán cada día más de la literatura. Otro era el camino que se abría para él. La seriedad de su carácter, la nobleza de su espíritu, la agudeza de su ingenio, la distinción de sus modales, su cultura y rango, su liberalismo inflexible, lo llevan a la presidencia del *Club de la Reforma*, en plena juventud. Allí es compañero de Jerónimo Urmeneta, de José Manuel Balmaceda, de Isidoro Errázuriz, Domingo Santa María, Ambrosio Montt, Marcial Martínez, Francisco Puelma Tupper y Domingo Arteaga Alemparte. Después será Diputado y Constituyente en 1870. Senador, casi por derecho propios, por el aprecio de sus conciudadanos. Las dos ramas del Congreso Nacional lo distinguieron con la Presidencia y Vice-Presidencia de ambas Cámaras. Llegará a la Vice-Presidencia del Consejo de Estado. Ocupará el Ministerio del Interior durante la administración de Aníbal Pinto. Muchos años después, se le unguía candidato de la Alianza Liberal a la Presidencia de la República y en la ardiente campaña a que dió lugar esa derrotado. Le faltaba nervio para la lucha y espíritu. Pero ya entonces era el Patriarca indiscutido del Republicano por antonomasia, porque era una gloria na

Nadie se acordaba del escritor, sin embargo. Se mezclaba su gloria política a la del hombre de letras, generalizando. Las nuevas generaciones que siguieron a 1856 y 1859 no lo habían leído. Y ello porque su producción se encontraba en diarios y revistas de difícil consulta para el hombre de la calle. No quedó el suyo sonando como el de Pedro Ruiz Aldea, Justo Abel Rosales, Zapiola y otros que despertaban la curiosidad del público más o menos culto, en todo caso, amante de la chilenidad. En el comienzo de este siglo se exhumó una de sus páginas en una revista, y no es ella de las mejores. En el número 4 correspondiente a septiembre de 1909, en la revista intitulada *El Siglo XX* que dirigía don Alberto Mackenna Subercaseaux, se reprodujo la vi-

ñeta *Una semana de 1856* (pág. 217-223). El editor le añadió como epígrafe estas líneas: —«Recorriendo las revistas semanales de *El Ferrocarril* del año 1856, que escribía don Vicente Reyes, hemos creído de interés reproducir el siguiente artículo».

Fué también la última exhumación. Y esa página no era una de las mejores.